

Anna Kim: DIE GROSSE HEIMKEHR

Muestra de traducción elaborada por Richard Gross

Noviembre 2016

Pp. 24-34 y 73-80.

[Voz de Hanna]

A partir de esa tarde nos dimos cita diaria en aquella sala donde los relojes iban disparejos, andando el de cuco de la pared más rápido que el despertador de la alacena y éste más ligero que el reloj de pie con su grave sonido de gong, y Yunoh, con voz entreverada por aquel tictac polifónico, ritmo al que nunca se sustraía, relataba los hechos ocurridos en Seúl y Osaka en los años 1959 y 60.

Seúl, 1959

[Voz de Yunoh]

2

Me acuerdo de la canción que traspasaba la puerta, del quedo gemido de la guitarra, de la batería que seguía el ritmo con aparente vacilación y, en realidad, con seguridad sonámbula; pero no eran los sonidos los que llenaban el espacio, era el aire tórrido y tupido de finales del verano, aquella tarde calurosa, y aunque el pasillo por el que yo avanzaba carecía de ventanas, el sol se filtraba por las rendijas de las puertas dividiendo aquel corredor en una sucesión de segmentos ocres y negros, mientras una música lejana escoltaba mi breve viaje, interrumpida por los ruidos de la casa, el repiqueteo de los cacharros de hojalata, el tactac del cuchillo

en la tabla de madera, los murmullos de la patrona que me había escudriñado con gesto cetrino.

La puerta estaba entornada, la abrí empujando. Johnny y Eve bailaban muy ceñidos, con las cabezas juntas y los ojos cerrados, el gramófono emitía *Sleep Walk*, la canción de los hermanos Santo y Johnny, este último había inspirado el nombre de mi amigo. En aquel momento tuve la convicción de que nada podía separarlos: Johnny y Eve, Eve y Johnny, se movían en el exiguo espacio que mediaba entre la cama y el escritorio, detenidos en un instante de perfección.

Los observé durante un rato largo. Me senté en el suelo, delante de la puerta. No sabía adónde ir, no conocía en Seúl a nadie salvo a Johnny. Mientras aguardaba, de la cocina del piso de abajo subía un olor a ajo machacado, guindilla picada y pescado frito. Tintineo de vajilla; luego la patrona se escurrió hacia el salón con una bandeja en las manos. Que por qué se había hecho esperar tanto, oí decir a la voz de su marido. No contestó. Que si el estudiante había pagado, preguntó él, que todavía no había tenido tiempo de hablarle, dijo ella, que tenía visita. «¿Visita? — escuché—, ¿de quién?» «De una señorita —dijo la mujer—, o no». «¿Qué quiere decir eso? —preguntó el hombre—. No me hables en enigmas».

Que se trataba de Eve Moon, contestó ella. «¿Eve Moon? — inquirió él subiendo la voz—, ¿Eve Moon?». Sí, dijo la mujer bisbiseando. ¡Que era increíble —tronó el hombre—, que aquello no era un burdel, cómo se le ocurría llevar a esa puta a su cuarto! «¡Cállate! —lo interrumpió la mujer—, ¡que te oye toda la casa!». Y cerró la puerta.

No fue hasta ese momento que me fijé en ella, en Eve, que había salido al pasillo y se encontraba a mi lado. No supe cuánto tiempo había estado escuchando, procuraba que no se le notara nada. Era la de Yunmee Moon, o Eve Moon, como se hacía llamar, una cara rígida, una máscara; tenía el pelo rizado, las pecas disimuladas con maquillaje, los labios pintados de rojo; su belleza me resultó excesivamente calculada. Más tarde aprendí a distinguir entre la Eve auténtica y la falsa, pero eso fue mucho después, cuando Johnny ya se encontraba camino de Corea del Norte...

Despacio, se dirigió al rellano de la escalera, donde se detuvo unos segundos como queriendo cerciorarse de que su salida pasaría desapercibida. De mí no hizo caso. Deslizó los pies fuera de los zapatos, encajó éstos entre el brazo y el torso y bajó las escaleras, hasta la entrada.

Abrió la puerta un resquicio, no necesitaba mucho espacio, para ganar el exterior.

Llamé golpeando con los nudillos. Johnny abrió, un cigarrillo en la comisura de los labios, una boina en la cabeza y el pelo reluciente por la gomina; tenía aspecto de dormido. Cuando me reconoció, soltó la risa y me dio un abrazo, y no paró de reír y de abrazarme.

—¡Yunoh! —exclamó—. Yunoh, ¡qué sorpresa!, ¿qué haces aquí? Entra, rápido.

Johnny y yo nos criamos en el noroeste de Corea del Sur, en Nonsan, que en aquel entonces era una población pequeña, demasiado pequeña como para figurar en los mapas. Nos hicimos amigos por la estrechez de la aldea, y pese a ella la amistad se mantuvo; Johnny, siempre en busca de oportunidades que lo lanzaran de la nada al todo, y yo, tan convencido de que en Nonsan se había detenido el tiempo que hasta mi primer día de escuela me negué a aprender los días de la semana, los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes; solo conocía el sábado y el domingo.

Arrozales y montañas, *non* y *san*, y, entre los campos, senderos interminables sobre los diques, lo suficientemente anchos para acoger una bicicleta o dos peatones, niños andariegos: todos los días íbamos a pie a la escuela, sita en el pueblo vecino, en caminatas de dos horas de ida y dos de vuelta, ya a la clara luz del invierno, que transformaba el valle ondulado en un blanco océano, ya a la luz amarilla del verano, que añadía a las muchas sombras que arbustos, hierbas y techos de paja proyectaban sobre la cuarteada tierra otras de configuración bizarra, sombras abstractas de un mundo diferente. Creía yo en aquellos días que no podría vivir en ningún otro lugar, y mucho después de marcharme de Nonsan me pareció que solo merecía penas y preocupaciones por haber abandonado el paraíso.

Johnny era el único hijo varón, el más joven de cinco hermanos, y yo, el menor de dos vástagos masculinos. Mi madre trabajaba de ama de llaves en la casa del padre de Johnny, el director de la escuela, mi padre cultivaba las tierras de labor de éste, y yo pasaba las tardes en sus patios y jardines. La casa de mi familia se encontraba junto a la tapia de la finca, en la misma entrada, era la portería, y la función de mi padre consistía en vedar el acceso a visitantes inoportunos o sin cita y franquear el paso a quienes se esperaba. Nuestra casa era una casita, formada por la cocina, dos cuartos y el zaguán, *maru*, que se utilizaba como sala, razón por la

cual mi madre le pasaba el mocho cada día, mientras yo asistía a clase para aprender japonés, matemáticas e historia; a los tres años el japonés fue sustituido por el coreano. La sala de Johnny, y también las demás habitaciones del director, las limpiaba Yuri, la criada, que se quejaba de no hacer más que barrer y fregar todo el día, pues aquélla era una mansión grande: mirando desde la puerta de entrada al interior, el mobiliario cabía entre el pulgar y el índice.

—¿Sabes que en esta casa hay fantasmas? —me preguntó una tarde al volver de la escuela—. Es por eso por lo que el señor Kim la consiguió tan barata.

Que en los primeros meses después de tomar posesión de ella, el pueblo entero había esperado a que el espíritu se comiera a los hijos del director, pero no había ocurrido nada semejante; en vano los vecinos habían acechado a toda la familia y atisbado el interior por las grietas de la cerca. Que al final habían dejado de espiar, ¡pero cuidado!, y me clavó sus ojos oscuros, que el peligro seguía ahí, que si yo bordeaba la tapia al crepúsculo podría ver a gente venida de todas partes para echar una mirada a la casa maldita y el espíritu maligno que albergaba.

Y con una risita se esfumó hacia la cocina. Me quedé a solas, y pensé en el arce nudoso que había en un extremo de Nonsan, allí donde la vista se abría sobre una anchura que el propio cielo, que todo lo reduce, no llegaba a dominar. Me pregunté si aquel ancestral árbol caducifolio, cuyas ramas inferiores lucían tiras de tela que revoloteaban a la mínima brisa, *hojas en cautiverio*, habría sido decorado para ese espíritu o para otro, y si la comida que una mano invisible servía a intervalos regulares en los cuencos de hojalata colocados encima de sus raíces estaría destinada a aplacarlo: a él, que no cejaba en su persecución de mi mejor amigo.

Aquello me causó desasosiego, quería verlo, tenía que verlo, así que Johnny y yo empezamos a buscar el espíritu maligno de Yuri. No dimos con él, ni tampoco con otros espíritus, lo que encontramos fueron fantasmas, siluetas de gris y marrón con la ropa hecha jirones cayéndoseles del cuerpo, ¿o eran trozos de piel y no de paño? Por más que lo intentáramos no logramos apreciarlo, sus caras y manos estaban tan embadurnadas que apenas se diferenciaban del color de la tierra, transitaban por las calles como sombras perdidas vagando tras las huellas de sus cuerpos. En vez de hablar gangoseaban, estertoreaban, nos miraban fijamente, se aferraban a nosotros con la vista, rostros borrados,

sin nariz y con la boca deformada, y echamos a correr dando alaridos. No a los campos de cebada, de ningún modo a los campos de cebada, nos había advertido Yuri, porque entre las espigas de cebada vivían las colonias de leprosos, aislados de los sanos se escondían en aquellas espesuras y solo salían cuando se acercaban niños. Que cuando menos lo esperásemos, aquella cortina verde se abriría por el medio y ellos darían un salto fulminante hacia fuera, nos agarrarían por los brazos y nos arrastrarían campo adentro para hacernos cosquillas.

—Cuando os vean retorceros impotentes de risa, sacarán un cuchillo y os rajarán la barriga.

—¿Con un cuchillo?

—Les chiflan los intestinos de los niños. Con ellos se alimentan.

Torció la cara en una sonrisa cuando busqué refugio a la espalda de Johnny.

—No tengas miedo, Yunoh —continuó—, tenéis que echarles arena, entonces salen corriendo porque les pica y arde en las heridas abiertas. Pero si les echáis tierra os seguirán porque sienta bien a su piel maltratada.

Se sentó en el suelo, llenó de arena dos bolsitas de tela y nos las puso en las manos.

Armados de esta suerte, Johnny y yo nos aventuramos hasta el borde del campo de cebada, el cereal aún estaba tierno y de un verde guisante, el cielo era de un azul intenso vetado de blanco y las nubes pasaban raudas como si alguien moviese la bobina del día hacia delante. El mar de las mieses se tornasolaba bajo el juego de luces y sombras. Teníamos la mirada fija en aquel verdor espeso. De pronto, a pocos metros de nosotros, las espigas temblaban de forma sospechosa.

Arrancamos a correr entre chillidos y arrojando a diestra y siniestra la arena de nuestras bolsitas. Entró la arena a los ojos del señor Im, el huevero, que cargaba en la espalda con una gran caja de madera llena de crías de pollo y pato y con su completo surtido de huevos. Pegó un grito, perdió el equilibrio y, lenta, muy lentamente, se desplomó en el suelo con la jaula por delante, quedando patas arriba y remando con manos y piernas en el aire cual escarabajo de mala fortuna. Pero antes de que atináramos a poner pies en polvorosa, ya había recuperado la vertical y nos agarró por el cogote. Luego, durante un mes entero, se nos vio recorrer Nonsan al grito de «¡Compren huevos de Im Dyun-yato, huevos de pollo y huevos de pato!»

[...]

[Voz de Hanna]

Al cabo de un par de décadas dio comienzo una carrera por la liquidación del país. Como habían hecho antes en China, las grandes potencias europeas y los Estados Unidos de América se pelearon por obtener concesiones en la península coreana. Finalmente, los EEUU y Alemania recibieron permiso de buscar oro, Rusia de extraer carbón y talar árboles a lo largo del río Yalu, limítrofe con China, Francia de construir una vía de ferrocarril entre Seúl y Pionyang, los EEUU de hacer lo propio entre Incheon y Seúl. Mientras, el emperador Gojong se dedicaba a coleccionar innovaciones técnicas procedentes de Europa, al estilo de los coleccionistas de figuras de porcelana; su palacio, dicen, parecía un nido de urraca. No sabía para qué servían la mayoría de los artefactos, ni tampoco cómo se ponían en funcionamiento. Por ejemplo, ordenó instalar en Palacio un teléfono, el primero del país, después de enterarse de que se usaba para hablar con personas que *se hallan a gran distancia*. Pero cuando constató que solo se podía charlar con personas vivas y de ninguna manera con los muertos, quedó decepcionado; había esperado poder conversar con sus ancestros... Gran parte de los aparatos adquiridos estaban deteriorados u obsoletos, circunstancia que le señalaban sus huéspedes extranjeros. ¿Por qué Gojong compraba mercancías de baja calidad? ¿Se le mentía? ¿Se le engañaba? La mayoría de los negocios se entablaron por mediación de comisionistas, donde la confianza es obligada. Pero creo que la explicación es más sencilla: faltaba dinero. El emperador simplemente no tenía para costear los últimos prodigios de la técnica.

La *casa de la piedra*, por ejemplo, que remplazaría el viejo palacio, solo fue terminada cuando Corea ya se había convertido en el protectorado japonés de Chōsen. Su gran mariscala de la corte, Marie Antoinette Sontag, oriunda de Alsacia, aprovechó su influencia palatina para mejorar su mesada y fundó el primer hotel moderno del país, el *Hotel Sontag*, que sería una fuente de ingresos extremadamente suculenta. Tras la caída de la dinastía de Joseon, Marie Antoinette se retiró a una casa en la Riviera.

Fue ella quien introdujo la cocina francesa en la corte de Gojong. Aunque las arcas del Estado se encontraban vacías y el país estaba sumamente endeudado, madame Sontag no tenía reparos en servir patés de trufa, ostras, caviar y champán de Francia en los actos oficiales. Corea no era entonces una nación mercantil, no existían estructuras para el comercio. Hasta que se produjo el encuentro con el Unyō había vivido a escondidas, siendo China su ventana al mundo y su único socio comercial, con el que intercambiaba pieles, ginseng, caballos, sedas y porcelanas. Cerrado casi por completo al exterior, había gozado de autarquía; el sistema preveía conseguir los bienes de lujo del Gran Hermano y los agrarios de la población rural, cuya creciente miseria traía bastante sin cuidado a la capa dominante. La política de aislamiento practicada por el padre de Gojong y, antes de él, por su abuelo y su bisabuelo había sido la mejor herramienta para oprimir al pueblo: si Corea no hubiese estado tanto tiempo incomunicada con el resto del mundo, la explotación del país a manos de la dinastía de Joseon se habría acabado mucho antes. Parece que en la actual Corea del Norte existe una monarquía absoluta inspirada en aquel modelo, pues afianza su poder enconchándose. Kim Yong-un no es comunista ni menos aún político, sino nada más que un heredero. Ya su padre, Kim Yong-il, no tuvo visiones propias, aunque sí ideas: supo perfeccionar el legado de Kim Il-sung, el Estado totalitario.

Gojong, el penúltimo de su especie, era un soberano débil y desavisado. Las anécdotas que circulan acerca de él trazan un cuadro poco halagador. Cuando el tenis fue implantado en su corte —se había invitado expresamente a huéspedes europeos, hombres de negocios, diplomáticos, que sintiéndose honrados de jugar para el emperador corrían ansiosos por la cancha—, Gojong suspendió la partida para preguntar con gesto consternado: «¿Por qué estos hombres se afanan tanto? Si para eso están los lacayos. ¡Que jueguen los lacayos!».

Tal vez no debemos reprocharle su ignorancia, al menos intentó llevar a Corea novedades técnicas, de las cuales lo informaba su misionero favorito y médico de cámara, el norteamericano Horace Newton Allen, natural de Ohio. Así pues, hizo construir una línea de tranvía desde el palacio hasta los jardines imperiales, un tramo de escasos kilómetros, pues no podía meterse en más gastos. Pero, finalizadas las obras, los súbditos no montaban a los vagones —¿adónde iban a viajar?—, sino que se quedaban en la vía. Agotados del duro trabajo que de día

prestaban a cambio de una fuente de arroz y verduras fritas, los hombres se acostaban entre los raíles haciendo de la vía su lecho. A la mañana siguiente, el maquinista no avanzaba porque tenía que bajar a cada rato para sacudir a los que allí dormían. Al final, desarrolló un método capaz de despertar de forma rápida y radical incluso a los durmientes más contumaces, lo que movió a altos funcionarios a solicitar audiencia al emperador para explicarle que despertar de aquella manera no era saludable. Le pidieron que ordenara al conductor que esperase hasta que los hombres se despertaran solos. Gojong accedió al ruego.

Un día, se rebeló un populacho furioso, destruyendo el tranvía y linchando al maquinista porque había arrollado a uno de los suyos. Gojong mandó arrestar y enjuiciar a los sublevados. En su defensa, estos invocaron una tortuga de piedra que, según mitos coreanos, duerme a las puertas de Seúl. Dijeron que no se la debía despertar, pues una vez despierta ocurriría una gran desgracia y el fuerte chirrido del tranvía comprometía seriamente su sueño.

Las siguientes líneas de tranvía fueron construidas por el 124.º emperador de Japón. Ella y sus iguales cubrieron Seúl con su red de hierro.

Muchos atribuían la culpa de las flaquezas de Gojong a su esposa, una persona menuda, pálida y dada a la superstición. Acusaban a la emperatriz Min de ser muy dominante y de echar al monarca a los brazos de sus concubinas, sabotando de esa forma la gestión de gobierno. Le imputaban afán de poder y crueldad, decían que hacía apalear a sus rivales cortesanas hasta que perdían a la criatura del emperador que llevaban en las entrañas. Descrita por unos como bellísima y por otros como espantosamente fea, era a la vez poetisa, calígrafa y política, y fue durante un tiempo la mujer más poderosa de Corea. Adquirió fama de proporcionar a su clan riquezas y cargos importantes en la corte, aunque no por altruismo, claro está: necesitaba a personas de confianza en los puestos clave, dado que su suegro la había convertido en blanco de sus intrigas y en más de una ocasión había tratado de deshacerse de ella. Después de una serie de intentos fallidos, el hombre logró su propósito: la mandó matar con la ayuda del embajador japonés, Miura Gora, ya que también a Japón le contrariaba la relación amistosa que la emperatriz mantenía con Rusia; suponía un impedimento a los planes nipones de anexión.

Corría el vigésimo día de la octava luna cuando, al anochecer, un grupo de soldados japoneses, apoyado por miembros del ejército coreano, penetró en el palacio. Los centinelas, sometidos a las órdenes de Gora, los habían dejado pasar. La guardia palaciega era comandada por un ruso y un norteamericano, el general Dye. Era éste, al parecer, un cultivador de manzanas con talento, el manzanal que había creado en una pequeña parte de los jardines de la residencia suscitaba gran admiración; pero como máximo guardaespaldas valía muy poco. Los golpistas lo encerraron en su habitación, de la que solo consiguió escapar gracias a auxilios ajenos después de que todo hubiera acabado. Luego, una parte de la unidad especial irrumpió en los aposentos del emperador para obligarle a firmar un documento que diera validez oficial a su divorcio de la emperatriz. Gojong, pese a su miedo, denegó su colaboración.

Entretanto, la otra mitad de los conspiradores asaltó el pabellón de la emperatriz. En medio del caos, los hombres no acertaron a distinguirla entre las numerosas damas de la corte; además, sabían que tenía la costumbre de hacerse pasar por sirvienta. Arrestaron entonces a todas las mujeres para interrogarlas una a una y bajo amenazas de golpes, con el fin de que revelaran el escondite de su señora. Ninguna quiso responder. De modo que los soldados las agarraron por el pelo y las arrastraron de sala en sala, hasta que por fin descubrieron a una criada que se ocultaba detrás de una gran cómoda. Ella también negó haber visto a la soberana. Cuando iban a llevársela, se zafó para escapar y exclamó el nombre del príncipe heredero... pero los esbirros de Gora la capturaron y acuchillaron. Envolvieron el cadáver aún sangrante en una manta, lo colgaron de un árbol del patio, lo rociaron con queroseno y le prendieron fuego. Repitieron la operación tres veces, hasta que de la emperatriz Min no quedó más que un puñado de huesos.

Parece que fue a raíz de este asesinato que la prensa mundial tomó nota de Corea por primera vez, y dicen que muchas señoritas de buena cuna, sobre todo en el Imperio Alemán, se conmovieron por el destino del emperador ofreciéndosele por escrito como esposas o concubinas. Gojong no contestó ninguno de los ofrecimientos, pues tenía otras preocupaciones: cumplía el arresto domiciliario decretado por su padre, asesino de su esposa, y por sus cómplices japoneses, y durante semanas se alimentó únicamente con huevos duros y leche en lata porque temía ser envenenado.

No corrió esa suerte, pero veinte años después los mismos aliados de su padre lo obligaron a abdicar. Su hijo, el último monarca coreano,

firmó un pacto que en 1910 convirtió a Corea en la colonia japonesa de Chōsen. En agradecimiento le dieron en matrimonio a una princesa nipona; murió, como antes su padre, mientras se encontraba en arresto domiciliario.